

los anteojos de oro, bailaba entusiasmado con Rosario: ella lo envolvía con sus ardientes miradas. Gerardo frunció el ceño: Rosario lo vió y le hizo una seña de inteligencia, mandándole al mismo tiempo á Adela para que bailase con él.

—Vamos, dijo la jóven acercándose á Gerardo, yo creí que no era usted celoso: baile usted conmigo, Urrutia.

Y Adela se lanzó bailando con Gerardo, enamorándolo casi.

A las cuatro de la mañana, aquello era literalmente el infierno: respetamos bastante á nuestros lectores para atrevernos á describir aquella casa. Solo diremos que Rosario y Gerardo eran ya únicamente socios.

parte de la noche sola. Constanza estaba como el pez en su elemento: el carácter melancólico y sombío de la jóven encontraba voces y dia- tracion en la solada. Julia había sido la señora de la casa, la que todo lo di- portaba, la que hacía salir á sus canchales: alguna vez se divertía á convidar á sus amigos para una merienda de café y chocolate, ó improvisaba un

CONSTANZA.

Habían pasado cinco meses desde el día aquel en que Julia había manifestado á su padre su determinación de entrar al convento.

Don Nemesio, como recordarán nuestros lectores, había opuesto una prudente resistencia al deseo de Julia, pero habiéndole asegurado esta que volvería á la casa paterna, la dejó que buscase en el aislamiento del claustro el consuelo de su primera decepcion.

Julia no había vuelto á su casa: por el contrario, había tres meses que había tomado el velo de novicia. Este acontecimiento llenó de amargura al bueno de don Nemesio, y lo hizo, despues de muchos años que no había llorado, verter abundantes lágrimas..... Su método de vida sufrió un trastorno: antes, del ministerio se dirigia á su casa inmediatamente para estar á la disposicion de sus hijas por si querian salir á alguna parte; despues nó, salia de su oficina y entraba en algun *billar*, pasando allí largas horas en mirar jugar *carambola* ó *guerra*. Algunas veces se encontraba con

algun camarada que lo invitaba á jugar *dominó* ó *damas* al lado de sus respectivos vasos de café con catalan. Don Nemesio llegaba entonces á su casa cerca de las diez de la noche: daba las *buenas noches* á Constanza y se dirigía á su recámara. Su hija mayor, como se ve, pasaba todo el día y parte de la noche sola.

Constanza estaba como el péz, en su elemento: el carácter melancólico y sombrío de la jóven encontraba goces y distraccion en la soledad.

Julia habia sido la alegría de la casa, la que todo lo alborotaba, la que hacia salir á don Nemesio de sus casillas: ella proyectaba paseos, bailecitos, convidaba á sus amigas para una *merienda de atole y chongos*, ó improvisaba un *almuerzo en la Villa de Guadalupe*: los domingos iban con su papá á los toros, y Julia hablaba en sentido encomiástico de Bernardo Gavilón una semana entera con sus amigas. Otras veces iban al *Coliseo*, y entonces *Mata*, la *Cañete* y *Castro*, eran los que daban material á la bulliciosa Julia para sus sempiternas charlas. Todo esto habia concluido, y por eso don Nemesio, acostumbrado á aquella vida y al carácter de su hija Julia, habia recibido con la toma de velo de esta, un golpe mortal.

Si don Nemesio hubiera tenido mas energía, si hubiera vivido en otra época, si no hubiera participado de las ideas funestamente terribles en religion, no habria permitido que su hija entrase al convento... pero don Nemesio era cristiano viejo.

Los niños y los ancianos tienen puntos de contacto: los extremos se tocan. Al niño que se le quita el pecho que lo amamanta, es fácil matarlo: el anciano que recibe una impresion como la de don Nemesio, está en situación peligrosa.

El señor Pastrana estaba bien constituido y gozaba de perfecta salud: era una de esas naturalezas *antiguas*, es decir, privilegiadas. A pesar de esto, la salud de don Nemesio no era la misma: declinaba sensiblemente.

Quando Gerardo comenzó á enamorar á Julia, Constanza, como era consiguiente, estuvo impuesta de la pretension del señor Urrutia desde que este la formuló. Aquella jóven de carácter sombrío, nunca habia amado, porque Constanza, lector, jamas habia tenido un novio. Quando bailando con algun jóven, este le decia la galantería mas insignificante, Constanza suplicaba á su compañero que la sentase, pues se hallaba fatigada. Alguien se atrevió una vez á hacerle una pretension formal: Constanza, despues de rechazar al pretendiente con suma urbanidad, pero con energía, se encerró en su recámara y lloró largas horas. Esta hurañez dió lugar á murmuraciones gratuitas, pues nadie creía que una jóven de diez y ocho á diez y nueve años repulsara intuitivamente á los hombres: corrióse la voz, y en el círculo que las señoritas Pastrana frecuentaban, ninguno volvió á dirigirse á Constanza con pretensiones amorosas. La jóven se creyó libre, y *respiró*, segun sus propias palabras, *fusra del ambiente amoroso*.

Por lo demas, Constanza, como ántes hemos dicho, era buena, virtuosa y sensible.

Estas naturalezas tardías son terribles quando llega su desarrollo: Constanza ignoraba esto, pero nosotros lo sabemos.

Quando una jóven de esta clase, rara y poco comun, llega á amar, ama con desesperacion, con locura, con una intensidad

tal, que el menor obstáculo la hace precipitarse, sin que vacile un solo instante, en el abismo.....

Decíamos, pues, que Constanza conoció al mismo tiempo que Julia al señor Urrutia, y que estuvo impuesta de la pretension de este desde el momento en que se la manifestó á su hermana: Constanza, al conocer á Gerardo, sintió por la primera vez en su corazon una cosa inexplicable. Cuando el jóven visitó su casa, Constanza estaba tan inquieta como Julia por que llegase la hora en que Gerardo se presentaba: sentia placer con verlo, con oirlo hablar, y sufría al acercarse el momento en que el jóven les decia *adios*.

Cuando la escena del aderezo, Constanza no solo se sintió herida en su amor propio como hermana de Julia, sino que sintió un dolor mas intenso, mas sensible, por aquel desengaño. Constanza se explicaba esto mas tarde, cuando su hermana cortó sus relaciones con Gerardo y se fué al convento, de esta manera: «Como amo tanto á Julia, quise á Gerardo; al manifestarse él tan poco caballeroso, casi sentí un dolor igual al de Julia.»

Pero corrió el tiempo, el tiempo que unas veces borra de nuestra memoria y otras aviva ciertas peripacias, y á Constanza no se le olvidaba ni el nombre ni la figura de Gerardo. Muchas veces obraba como una máquina, se ocupaba en los quehaceres domésticos en compañía de la sirviente sin pensar en lo que hacia, porque su imaginacion era presa de la fascinacion mas completa..... Pronunciaba sin querer, despierta ó dormida, el nombre de Gerardo: le veía de una manera fantástica en la labor que hacia, en el libro que habia tomado para leer, y el cual dejaba abierto horas enteras sin quitar de él su vista y sin haber leído una sola sílaba.

Este estado de enagenacion mental llegó á alarmar á la jóven, y entónces, creyéndose presa de una tentacion de Satanas, comenzó á hacer rogaciones á Dios para que la librase del poder del demonio: las monjas de la *Concepcion* fueron puestas en movimiento por Constanza, y mas de una vez aquellas almas virtuosas elevaron al Cristo del Calvario sus preces, con esa salmodia llena de monótona tristeza, desde el coro de su convento.

Constanza mandaba decir misas, rezaba novenas y ayunaba: á medida que se debilitaba su naturaleza, mas y mas se arraigaba en su cerebro la imágen de Gerardo.

Pasó un mes, y despues dos, y la jóven veía que ni oraciones, ni misas, ni prácticas de virtud, ni ayunos, podian vencer el poder del demonio: entónces se verificó en Constanza un cambio singular; se sentaba todas las tardes junto á la vidriera del balcon resuelta á corresponderle al primer aficionado que se presentase; el primero á quien vió fué á Gerardo, que hacia un mes que rondaba á caballo la calle inútilmente.

Gerardo la saludó: Constanza correspondió á su saludo, y en seguida se retiró del balcon porque su emocion era profunda. Una vez en su recámara, la jóven se decia:— «No hay duda, le amo: ¿pero no es esto una insensatez?»

Constanza enjugaba dos lágrimas fugitivas cuando la criada entró de improviso en la recámara con el rostro trastornado.

—¡Señorita, señorita! el señor *aquel* me acaba de dar una carta para usted.

—¡Para mí! dijo Constanza con un acento que queria decir: «Ya la esperaba.»

—Sí, *niña*, aquí está. Y la hábil sirvienta abandonó al punto la recámara.

Constanza se quedó inmóvil con la carta de Gerardo en la mano. La jóven sintió al pronto alegría; pero cuando reflexionó, tuvo miedo: se le figuraba que aquella carta iba concebida en un dialecto diabólico y escrita con caracteres de fuego.

Por último, rompió el sobre, y reconoció no con poca sorpresa la cursiva letra de Gerardo, que sin ser Satanás en persona, era su homónimo, y sin estar escrita con caracteres de fuego, estaba llena de veneno y de infamia, sin que por esto dejara de decir en correcto español lo siguiente:

«Constanza:

«Impuesto por varios amigos míos, del carácter singular y poco comun de usted, renuncié á declararle la pasión en que mi pecho se abrasaba, y dando un rodeo con objeto de acercarme á su persona, cometí la villanía de enamorar á su hermana Julia con la única esperanza de aprovechar una ocasión favorable para llegar á manifestarle algún día al verdadero ideal de mi alma, el amor que le profesaba. Pero Dios me castigó; sí, Julia no debía ser mi amada ni por casualidad; usted recordará la manera con que ella quebró conmigo, creyéndose ofendida por un regalo que sin intención mala le hice.

«Mis amigos me pusieron al corriente, mas tarde, de que mi conducta había sido con justicia mal interpretada, pues es mal visto entre gente de buena sociedad que un novio haga regalos de cierta clase. Pero esto no lo sabía el humilde *provincial*, que obraba con sencillez.....

«Para concluir diré á usted, Constanza, que perdone mi mala acción de enamorar á Julia, y que no solicito su amor, sino su compasión.

«Adios..... Besa sus piés su desgraciado amante,

GERARDO.»

La carta anterior hizo el efecto que el señor Urrutia se había propuesto: Constanza creyó comprenderlo todo, y entónces se echaba en cara su carácter extravagante.

Esa noche no durmió: en su insomnio la jóven se creía autora de la desgracia de su hermana, y para no ser causa de otra mayor, resolvió corresponderle á Gerardo.

Al día siguiente, el señor Urrutia recibía una carta de Constanza, en que la jóven deploraba lo sucedido, y le decía que ella no había amado nunca, porque no había encontrado á nadie digno de ella, pero que si él se le hubiese dirigido quizá hubiera obtenido lo que demandaba.

El señor Urrutia solicitó una entrevista: hubo sus inconvenientes, la criada salió cinco ó seis veces á la calle, y por último fue concedida la entrevista entre siete y ocho de la noche, pues don Nemesio podía sorprenderlos.

Gerardo entró con resolución á la casa, seguro de su triunfo y de que el señor Pastrana no los sorprendería, pues el jóven estaba impuesto, y aun él mismo había visto, que don Nemesio llegaba tarde á su casa.

La primera entrevista fué patética y conmovedora por parte de Constanza: Gerardo representó su papel admirablemente, yendo á reirse en seguida al lado de Rosario de su aventura galante.

Las citas eran diariamente, dando por resultado lo que mis lectores se pueden figurar, esto es, que mientras don Ne-

mesio buscaba distracciones por la pérdida de una hija, la otra se extravió por una senda mas dolorosa.

Cuando Gerardo comprendió lo que pasaba, se fué retirando poco á poco hasta hacerlo del todo. Constanza lloraba sin consuelo, y lo mandaba requerir para que no la abandonase en situacion tan crítica: pero Gerardo no hacia caso; por ese tiempo su capital habia aumentado considerablemente merced á las barajas de su partida. Rosario y él, solo esperaban robar el único punto que comprendiendo quizá las trampas que allí se hacian, jugaba de una manera sagaz.

Este punto era Arturo, aquel jóven de los anteojos de oro que conocimos la primera noche de juego en casa de Rosario y que era ademas el amante de esta.

Gerardo le odiaba con todo su corazón, pues no habia podido robarlo, y él sí se habia quedado con su querida.

—Era el mes de Diciembre: el año de 18... tocaba á su fin: Rosario y Gerardo estaban en la sala de la casa de la primera. Las ventanas estaban cerradas, pues un viento helado soplabá en la calle.

Rosario estaba sentada en el sofá y Gerardo se paseaba por el aposento deteniéndose á veces frente á ella cuando la conversacion se animaba. Eran las siete de la noche: la partida debia principiar á las diez.

Gerardo estaba colérico: Rosario, con su calma habitual, heria á su sócio-amante con sus sarcasmos.

—Que esto no puede continuar así, te digo.

—¿Y por qué, Gerardo? preguntó la cortesana riendo.

—Porque ese señor me envenena el alma tan solo con su presencia.

—Haces mal.

—No, no hago mal: no quiero que sea tu amante por mas tiempo. Esto te probará, á pesar de tus diabólicas teorías, que te amo.

—Yo también te quiero, y puedes creer que solo en tu obsequio y por tu bien, es decir, por nuestros intereses, lo acepté por amante.

—¡Qué dices! Expílicate. Y Gerardo descargó un puñetazo sobre una consola, haciendo bambolear unos jarrones de China y caer un candelabro al suelo.

—Cuidado, dijo Rosario con mucha calma, no te lastimes la mano, ni rompas mis jarrones; esos me los dió el coronel, y ya no hay en México de esa loza.....

—¡Caramba! No se puede hablar contigo, me voy. Y Gerardo se dirigió á la puerta.

—No debe dilatar Arturo, dijo Rosario, ese es mas racional que tú.

Gerardo se quedó parado en el dintel de la puerta como una estatua.

—Ven, tonto, hablemos en paz, y verás como nos entendemos, dijo Rosario, al cabo de un momento de contemplar á Gerardo.

El señor Urrutia volvió al lado de Rosario, y se dejó caer en un sillón con marcada ira.

—¿Nos explicamos ó no?

—Ya lo habríamos hecho, si no fuera por tus violencias.

—Habla.

—Recordarás, hijito, que una de las condiciones de nuestro pacto fué la de desechar toda *preocupacion social*, hacer dinero, y no andar con celos, ni amoríos, ni lloriqueos, propios tan solo de poetas ó de muchachos que comienzan á entrar en la senda del amor, y que ven estas cuestiones bajo un punto de vista tan espiritual, que en un momento dado se elevan los angelitos en alas de su fantasía, al *quinto cielo*.

Gerardo se sonrió, y Rosario, despues de una pausa, siguió diciendo:

—Te proporcioné esa primera noche á Adela, que deseaba que fueras suyo..... Despues, yo te dirijí con Constanza, y si has logrado tu objeto, es debido á mí. ¿Cuándo me he encelado? Por el contrario, mucho gusto he tenido en que varíes de mugeres, porque una cansa..... Yo en cambio, dime, ¿cuántos amantes he tenido? Uno solamente, Arturo; y eso te garantizo que no le profeso ni pizca de cariño: si se lo tuviera, lo habria hecho mi sócio, habria depositado en él mi confianza, y al hacerlo le hubiera entregado mi corazón.

Gerardo se estremeció.

—Por el contrario, ya lo ves, lo acepté por nuestros intereses, si no lo hubiera aceptado, á esta hora no vendria á jugar, y perderiamos quinientas ó mil onzas que pueden ingresar á nuestra caja.

Tan pronto como arruinemos á Arturo, opino porque suspendamos la partida: en ocho meses hemos ganado mas de ciento cincuenta mil pesos. Haremos las particiones é iremos á dar un paseo por Europa.

Respecto de Constanza, opino porque recojas al niño que tenga, y que salves á esa pobre jóven de la situacion en que se encuentra: diariamente recibe una carta suya dirigida á tí....

—Todo me parece muy bien, repuso Gerardo, pero te ruego que en esta noche quedé terminado todo entre tí y Arturo, pues de lo contrario, no respondo de mis actos. Esta noche lleva la caja don Estéban, yo no me muevo de aquí.

Rosario trató de persuadir á Gerardo de que su propósito era una necedad, y que solo debian atender á sus intereses; mas todo en vano: al señor Urrutia lo habia tentado el diablo de los celos sensuales.

Trabóse entre ambos un altercado que vino á interrumpir la presencia de Arturo en la sala.

El jóven saludó á Gerardo ceremoniosamente, y á Rosario con cariño. En seguida fué á sentarse al otro sillón. Rosario estaba en medio de los dos.

—¿Juega usted esta noche, Arturo?

—Sí, encantadora Chayo, contestó Arturo dándole en el hombro una palmadita.

Gerardo se estremeció de ira y tosió con fuerza.

—¿No lleva usted la caja esta noche, Urrutia?

—No.

—¿Pues quién la lleva?

—Don Estében.

—¿Está usted de mal humor?

—Sí.

—¡Carambal parece usted *espartano*.

—No le haga usted caso, Arturo, dijo Rosario.

—Sí, hágame usted caso, Arturo, replicó Gerardo; le ruego á usted se vaya á jugar y me deje á solas con la señora: despues que concluya la partida hablaremos usted y yo; es indispensable.

—Obre usted con libertad, Arturo, dijo Rosario.

—Voy á complacer al señor, contestó Arturo.

Se levantó de su asiento, y en la puerta de la sala se detuvo, y volviéndose á Gerardo, le dijo:

—Urrutia, á la ocasion la pintan calva.

—Yo la aprovecharé, Arturo, contestó Gerardo con una sonrisa que hizo estremecer á Rosario.

Despues de la salida del rival de Gerardo, reinó un momento de silencio que ninguno de los dos se atrevia á rom-

per: el último altercado iba á ser terrible; Rosario y su amante, presintiéndolo, hacian acopio de argumentos y frases amargas, que cual un torrente iba á desbordarse de la boca de ambos.

Por fin Gerardo habló el primero.

—Estoy cansado, dijo, de soportar tus sarcasmos, tus teorías y tu tiranía: sí, tiranía que he soportado porque he sido un necio..... Pero todo tiene fin en en este mundo, y tanto lo has repetido, que me he llegado á cansar, y esta noche definitivamente acaba todo entre nosotros. Ya veremos quién pierde mas.

—No seré yo por cierto: bien poco he ganado con tus relaciones. Eres como todos los hombres á quienes se les prefiere de algun modo: jingratol..... ¿Crees por ventura que Arturo ocupa algun lugar en mi coraaoon?..... No, Gerardo, no; pero ustedes los hombres..... tienen unas leyes..... que..... Y Rosario, llorando y con entrecertado acento, continuó:—Quisieran tener á todas las mugeres, y que todas, aunque estuviesen impuestas de sus infidelidades, fuesen constantes.....

El llanto de Rosario trastornó al señor Urrutia. La cortesana iba ganando terreno en el corazon de su amante; merced á sus lágrimas vertidas por amor ó por estudio, no lo sabemos, lo cierto es que Gerardo se sintió conmovido y le dijo á Rosario:

—No llores: convengo en que nos es grato á los hombres tener muchas mugeres, pero entre todas, alguna, tal vez la mas indigna, se lleva nuestra predileccion. Ya ves que soy soy sincero: tú no mereces mi cariño, eres una muger perdida, llena de nulidades, y sin embargo, me siento encadenado á tí..... Hay momentos en que quisiera devo verte la vir-

ginidad del alma y del cuerpo, y huir, huir á un monte, al desierto, á donde nadie te viera y á donde yo pudiera exclamar: ¡Esta muger ha sido, es y será únicamente mía!.....

Gerardo pronunció las últimas palabras con un entusiasmo salvaje. Rosario se acercó á él, echóle su brazo por el cuello y lo atrajo hácia ella con blandura..... Se oyó el chasquido de un beso, y en el mismo instante una carcajada burlesca.

—¡Qué farsal dijo Arturo desde la puerta. Señores, mirad á Pablo y Virginia en dulces coloquios, mientras su agente, su tallador, nos roba por allá.

Rosario y Gerardo quedaron aterrados: los jugadores que seguían á Arturo se rieron estrepitosamente. Gerardo se había puesto en pié, y dijo á Arturo:

—Esas palabras.....

—Esta sota de bastos *marcada* con tres puntos especiales; y así toda la baraja....., contestó Arturo mostrando á Urrutia una carta.

—Dispense usted una palabra, Arturo, replicó Gerardo.

—¡Gerardo! dijo Rosario.

—¡Señores! dijeron algunos concurrentes interponiéndose entre ellos.

—Es una explicación únicamente la que vamos á tener este caballero y yo, contestó Gerardo, llevándose al joven á la recámara.

—Bailaremos, dijo Rosario, mientras Gerardo y Arturo se explican.

—Gracias, contestaron todos, y comenzaron á salir de la casa, profiriendo palabras injuriosas en contra de Gerardo y de Rosario.

Cuando salió el último, la cortesana mandó cerrar la puer-

ta, yendo á sentarse á un sillón en espera de la conferencia de Arturo y de Gerardo. El viejo tallador se había escurrido el primero en medio de la confusión general.

Un cuarto de hora despues el señor Urrutia se presentaba en la sala. Rosario, al verlo, dió un grito.

Gerardo estaba pálido: el cabello lo tenía erizado; la boca contraída: la mirada era vaga. Sobre la pechera de su camisa habia una mancha de sangre.

—¡Gerardo! ¿Qué pasa? ¡Dios mío! tengo miedo.....

—Escucha, dijo Gerardo tomando á la cortesana por un brazo y con acento que impropriamente llamaremos cavernoso. Arturo nos habia descubierto..... Arturo, era tu amante.... me insultó, y..... tuve un momento en que la sangre se me subió á la cabeza: estábamos solos. (Y Gerardo, con la vista extraviada, miró en torno de sí.) Mi mano oprimia con complacencia el pomo de mi puñal.....

—Acaba pronto.

—En uno de los cuartos de la azotehuela está ese hombre....

—¿Herido?..... ¿Tal vez de gravedad?

—¡Está muerto! dijo Gerardo con una mirada de loco y sonriendo diabólicamente.

Rosario exhaló un grito y cayó desplomada en un sillón.

Reinó un momento de silencio, interrumpido solamente por el tic tac de la péndola del reloj que estaba sobre una consola.

—Es indispensable, dijo Gerardo, como saliendo de su estupor, que mañana mismo te mudes de aquí, sin dejar huellas de tu persona.

—¡Qué dices! ¿Me abandonas? dijo Rosario, mirando que Gerardo se embozaba en su capa y se ponía el sombrero.

—Sí, voy á disponer mi equipaje.

—¡Esto mas, Gerardo!

—Ya te unirás conmigo en otra parte..... Adios.

Y Gerardo, sin atender á nada, salió rápidamente de la casa del crimen.

Rosario se puso á Horar.....

Media hora despues, dos mugeres envueltas en sus abrigos salian á la azotehuela: una de ellas llevaba en la mano un candelero con una vela. Su paso era vacilante.

—Gertrudis, acércate tú primero.

—Es que..... tengo miedo, *niña*.

—Pues vamos las dos.

Las dos mugeres avanzaron lentamente, y una de ellas abrió la puerta de uno de los cuartos.

Lo que vieron las hizo retroceder espantadas.

Arturo, pálido como la cera, estaba tendido en un lago de sangre, la pechera de su camisa estaba roja y bajo la tetilla izquierda tenia una herida profunda que debió atravesarle el corazon. En la mano derecha tenia una carta de la baraja: era una sota de bastos.

Rosario avanzó hasta él: la criada, vacilando en acercarse, se habia quedado en el dintel de la puerta. Una ráfaga de viento hizo que la vela se apagase.

—¡Jesus! dijo Rosario; no te vayas, Gertrudis, porque me muero.....

—No, *niña*, contestó la criada.

—Traes cerillos?

—No.

—Yo debo tener, espera.

—Rezarémos miétras, *niña*.

—¿Qué rezamos?

—La magnífica.

—No, repuso Rosario, otra cosa; reza conmigo.

Y Rosario empezó á decir: *Yo pecador, etc.*

A la mitad de la oracion, la cortesana encontró los cerillos y encendió la vela. Las dos mugeres se acercaron al muerto: le quitaron el reloj y las alhajas, y con los instrumentos que se pudieron proporcionar, comenzaron á cavar la fosa.

Concluida que fué, Arturo quedó sepultado allí: la tierra cubrió al desgraciado jóven, y las dos mugeres, despues de lavar la sangre y borrar las huellas de la escavacion, abandonaron el cuarto.

La noche la pasó Rosario acompañada de sus criados que la ayudaban á quitar las colgaduras, las alfombras, los cuadros, á empacar objetos de fantasía y la loza: en una palabra, á disponerlo todo para mudarse al siguiente dia.

Todos estos preparativos eran hechos en silencio, y con una especie de agitacion febril.

Así se pasó la noche en casa de Rosario.

—No repuso Rosario, otra cosa; vea conmigo.
Y Rosario empezó a decir: Yo perdí, etc.
A la mitad de la oración, la cortaron al punto los ceri-
llos y encendió la vela. Las dos mujeres se acercaron al
mueble: le quitaron el reloj y las alfileras y con los mate-
riales que se pusieron proporcionalmente, comenzaron a lavar
la cara. Concluida ya la operación, se quitó el maquillaje de la tierra
con el agua y se volvió a lavar y se volvió a lavar, después de
lavar la sangre y poner las huellas de la escarificación, aban-
donaron el cuarto.
La noche se pasó Rosario acompañada de sus criadas que
la ayudaban a quitar las coqueaduras, las alfileras, las cues-
tras y embalar objetos de fantasía y la lavar en una pala-
bra, a sabiendas de que para mañana el accidente ha-
ría. Todos estos preparativos eran hechos en silencio, y con
una especie de agitación febril.
Así se pasó la noche en casa de Rosario.

Gerardo, trastornada su cabeza por la ira, había salido
de la casa de Rosario, y andando precipitadamente por las
solitarias calles que conducían para la en que él vivía, ha-
bia llegado á esta bien pronto.
Llamó con tres golpes violentos y fuertes, y la puerta se
abrió. Gerardo entró sin preguntar al portero, como tenía
de costumbre, si álguien lo había buscado: el portero, pues,
tuvo que alcanzarlo en la escalera, para entregarle una carta.
El señor Urrutia la tomó maquinalmente, y con ella en la
mano, llegó á su recámara.
Nicolás estaba á su lado.
—Nicolás.
—Niño.
—Cierra todas las puertas y escúchame.
El mozo permaneció inmóvil.
—¿No has oído? dijo Gerardo con angustia.
Nicolás extrañó el tono, y fué á cerrar la puerta de la sa-

NICOLAS SE TRASFORMA.

la y después la de la recámara, volviendo al lado de su amo, á quien contemplaba con curiosidad.

Gerardo puso la capa y el sombrero sobre una silla y le dijo al mozo, mirándole extraviadamente:

—Dame ropa blanca para mudarme, alístate una petaca con ropa y guarda mis papeles y dinero. Te escribiré por el correo con el nombre de..... ya hablaremos de eso á última hora: pero, ¿qué haces ahí como estatua? muévete, que estoy muy violento, no tengo tiempo que perder.

Nicolás miraba cada vez mas admirado á Gerardo; se acercó hasta tocarlo, y poniéndole el índice sobre el pecho, dijo con acento singular esta sola palabra:

—¡Sangrel!

Gerardo se estremeció, y no encontrando al pronto una palabra que contestar, volvió el rostro á otro lado: al hacerlo, vió sobre la pared una cosa extraña; entónces, tomando el brazo de Nicolás, le preguntó aterrorizado:

—¿Qué es eso?.....

—¡Tu concienzial repuso Nicolás con voz ronca.

Estas solas palabras fueron dichas con un tono tan solemne, que Gerardo quedó aterrado, dudando que Nicolás las hubiese proferido.

—¿Qué dijiste?

—Que acabas de cometer un crimen, Gerardo, y que tu concienzia te acusa.

El señor Urrutia no se habia apercibido del tratamiento familiar que su mozo le daba, y murmuró con débil voz:

—Nicolás.....

—¿Esa sangre?

—Me he batido.

—¡Mientes!

—¿Que miento?

—Sí, eres muy cobarde: te conozco; tú, lo que has hecho, es asesinar á alguno.

—Tenia ira, y.....

—Tenias celos ó sed de oro.

Gerardo miró con espantados ojos á Nicolás.

—Adivino, ¿no es verdad?

—Fué en casa de Rosario, dijo Gerardo como delirando. Arturo..... el amante de Rosario con mi consentimiento, descubrió nuestros... ardides.... Estaba perdido, y le maté.

Hubo una pausa muy prolongada: Nicolás, después de mirar tristemente á su amo, exhaló un sollozo y le dijo:

—Bien pronto hará tres años, Gerardo, que llegamos á México: al salir de nuestra tierra, Orizava, tu padre y mi amo y señor don Pedro, me recomendó vigilar tu conducta, evitara tu perdicion y lo pusiera al tanto del género de vida que siguieras y del uso que hicieras de tu libertad: y yo, complaciente con el hijo de mis señores á quienes tanto debo, he quedado lucido..... ¿Qué le diré ahora á tu padre? ¿que eres jugador y asesino.....? ¡Ay! mi primera debilidad fué darte un tratamiento respetuoso: ya se ve, veniamos á México, á la capital, y debiamos ser en todo gente elegante, despreocupada, de moda..... Pero, ¿qué habrian dicho tus amigos? ¿qué hubiera pensado la misma servidumbre al ver que un pobre criado te hablaba de tú?

Distintas ocasiones he querido enviar á tu padre el diario escrito que llevo de tu vida, y otras tantas no lo he hecho esperando verte volver sobre tus pasos. Yo tambien fui ligero de cascos cuando jóven, pero ¡ay! hasta en mi humilde esfera, los jóvenes eran menos corrompidos que hoy.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Gerardo, detente en el camino del crimen, es tiempo ya. Y el pobre anciano se puso á llorar.

El jóven iba perdiendo poco á poco su terror, y comprendió que podia sacar partido del enternecimiento del anciano Nicolás. Dejólo, pues, llorar un momento, y le dijo á poco rato:

—Bien, Nicolás, yo me enendaré, pero ahora es preciso salvarme de esta situacion: ¿qué hago?

Nicolás quedó pensativo. Casualmente vió la carta que Gerardo habia recibido al entrar, y que su terror no le habia permitido leer.

—¿Y esa carta?

Gerardo fijó su vista en el sobre, y reconoció la letra de Constanza. La abrió y leyó lo siguiente:

«Gerardo:

«Te he escrito mil veces sin obtener contestacion: cuando recibas esta, habré dado á luz al sér infortunado que es tu hijo. Mi padre debe saberlo todo, ménos el nombre de mi «seductor.»

«En nombre de lo que mas ames, repara tu falta, ten compasion de

«CONSTANZA.»

Gerardo volvió á palidecer, y la carta se escapó de sus manos.

—¿Qué es eso? preguntó Nicolás. ¿Un nuevo crimen?

—No: es una recomendacion para.....

Nicolás se sonrió: tomó la carta, y poniéndose sus anteojos, leyó su contenido.

—¿Lo ves, Gerardo, como era un nuevo crimen? Quizá

esta jóven es digna de tu amor; la has deshonrado y ahora la abandonas.

—Nicolás.....

—¡Ay, Gerardo! si viviera tu buena y excelente madre, si supiera esto tu padre.....

—Nicolás, estoy arrepentido, te juro reparar todos los males que he hecho, pero en la actualidad, sálvame, porque de lo contrario, no podré salvar á esta jóven.

—Pues bien, escucha: mi opinion es que entres á ejercicios en la *Profesa*, y que salgas de allí para casarte con esa señorita.

—Nicolás, ¿qué, no seria mejor huir por algun tiempo?

—¿Y á dónde irás que no te alcance la justicia del cielo?

—¡Qué dices! Expílicate, dijo Gerardo mirando en torno de sí con terror, pues la palabra justicia lo intimidaba.

—Ayer se dió el primer caso de cólera-morbo en México.

—¿Es verdad lo que dices?

—Es cierto, por desgracia.

—Entonces sí, haré lo que me aconsejas, arréglalo todo, y al salir me casaré con Constanza.

—Todo corre de mi cuenta.

—Está bien, pero no me dejes solo esta noche.

Gerardo tenia un terror pánico, y pasó la noche acompañado de Nicolás.

El mas repugnante de los crímenes habia manchado para siempre al jóven: el homicidio. Desde Cain hasta el último asesino, siempre serán vistos con horror aquellos que priven de la existencia á sus semejantes..... Gerardo habia quebrantado el quinto precepto del *Decálogo*: NO MATARAS.